

Homilía de Marzo 18

Misa en el Primado de Pedro



Homilía del Patriarca de Jerusalén Su Beatitud Pierbattista Pizzaballa

Queridos hermanos,
¡Que el Señor les de su paz!

En este lugar, pequeño y simple celebramos un evento fundamental para la vida de la Iglesia: la entrega de la autoridad a Pedro. Por supuesto, también podríamos leer el episodio de Cesárea de Filippo, igualmente significativo y central, pero no hay duda de que es aquí donde El Resucitado le entrega a Pedro la comunidad de los creyentes.

Tratemos brevemente de comprender, basados en el Evangelio que acabamos de proclamar, algunas realidades importantes del servicio que en la Iglesia de Dios Pedro y con él los apóstoles ejercen en la Iglesia. Estamos buscando, en síntesis, entender lo que significa ser una iglesia apostólica de acuerdo con este texto evangélico.

Observamos al apóstol Pedro, en un momento difícil de su vida: antes, durante los eventos de la pasión, él negó a Jesús, su amigo y su maestro y lo abandonó en manos de quienes lo llevaron a muerte. E hizo todo esto después de haber prometido insistentemente una fidelidad eterna.

Luego, después de la resurrección, Pedro volvió a encontrar al Señor vivo y resucitado y se regocijó con los otros apóstoles por victoria sobre la muerte. No obstante, algo de vergüenza había permanecido en su corazón. Pedro no podía haber olvidado aquel momento. Y el pasaje del evangelio de hoy se lo va a recordar. Y es precisamente allí donde se encuentra con el Señor.

Entonces, lo primero que se nos dice hoy es que cada discípulo -y por lo tanto nosotros también- es como Pedro, una persona poco capaz de amar. O, más bien, capaz de amar hasta que su propia vida no esté en juego, capaz de grandes entusiasmos y a la vez de grandes fugas. Pero también es capaz de arrepentimiento y lágrimas sinceras. El Señor no eligió a Pedro y a los discípulos porque son mejores que los demás, porque sean diferentes de los demás hombres. No, son personas como todos, y en su corazón contienen lo que todos los corazones: una mezcla de bondad y maldad, de fidelidad y de infidelidad.

Los apóstoles no fueron elegidos porque son mejores que los demás. Los apóstoles, los obispos y ciertamente yo el primero de todos, no somos mejores que nadie. Si estamos aquí, en la Iglesia, es, sobre todo, porque fuimos elegidos y amados por el Señor. No somos nosotros los protagonistas de la vida de la iglesia, sino el Señor, quien nos hizo suyos. La conciencia de nuestros propios límites y de nuestra pequeñez, sin embargo, no es un motivo de tristeza. Al contrario. Al igual que con Pedro, y con toda la Iglesia, debe ser un motivo de profunda consolación. A pesar de nuestro ser pecadores, fuimos elegidos por Dios, como Pedro, para ser sus ministros.

Pedro y los demás, por lo tanto, son hombres frágiles, que el Señor constantemente recupera y hace nuevos, no porque se lo merezcan, sino porque el Señor es realmente quien siempre está en camino hacia el otro, y no lo abandona hasta que lo encuentra y lo ama en su verdad.

Luego el Evangelio nos muestra cómo Jesús rehabilita a Pedro.

En este capítulo veintiuno hay varios elementos que se refieren al momento de la traición, y más generalmente a la narración de la Pasión.

Cuando los discípulos llegan a la orilla, después de la pesca, encuentran que ese hombre desconocido ha encendido un fuego de brasas (Jn 21.9), y esto nos recuerda la noche de la traición, cuando Pedro se calentaba al fuego (Jn 18,18) encendido por sirvientes y guardias en la casa del Sumo Sacerdote.

Igualmente, después de la pesca se dice que la red, a pesar de que los peces eran tantos, no se rompió (Jn 21.11), y es exactamente la misma palabra utilizada para hablar de la túnica de Jesús, que los soldados decidieron no dividir (Jn 19.24).

Finalmente, tenemos las tres preguntas de Jesús a Pedro (Jn 21,15-17), evidente recuerdo de la triple negación (Jn 18, 16-27). Entonces, es como si Jesús quisiera colocar a Pedro nuevamente, en aquella noche. No para humillarlo, ni regañarlo, sino porque verdaderamente lo ama, y por lo tanto no trivializa su pecado, ni lo minimiza y mucho menos lo olvida.

Hay una manera con que el Señor perdona que no es olvidar, sino estar con nosotros dentro de nuestro pecado, dentro de nuestros límites, de modo que incluso esos límites no se excluyen de la relación con El sino que se convierten en un motivo de amor y Perdón, en un nuevo inicio.

Si nos sentimos amados y, por lo tanto, perdonados por Dios, entonces podemos convertirnos en verdaderos y auténticos ministros de su perdón y de su misericordia. Reconociéndonos pecadores, podremos convertirnos en proclamadores para todos los demás del perdón de Dios, que es la novedad más grande y hermosa del cristianismo.

El apóstol Pedro habría preferido, tal vez, olvidarse de su propia traición; pero el Señor parece decirle que no es su pecado lo más importante, sino la relación con él, y que esta relación, si Pedro acepta su propia pobreza, jamás va a desaparecer. A pesar del pecado en la iglesia, el Señor no nos abandona, sino que permanece. La iglesia es, a pesar de todo, el lugar del encuentro con el Resucitado. No hay un pecado tan grande que pueda obstaculizar el deseo de Dios de encontrarnos.

En aquel momento, aquí, Pedro volvió a nacer, y renace pobre, humilde, misericordioso, porque ya no debe aparentar ante nadie. Sino solo agradecer.

No debemos aparentar nada. No debemos mostrarnos buenos, capaces de grandes cosas. Nuestra vida debe ser, por el contrario, un gran agradecimiento, siempre. Debe expresar la alegría y la gratitud a Dios que nos ha amado, perdonado y salvado.

El Señor, además, cuando hace algo nuevo, lo hace de una manera sobre abundante: Jesús, efectivamente, confirma a Pedro una nueva responsabilidad, la de ser pastor de su rebaño.

Cada vez que somos perdonados, se nos confía una nueva responsabilidad, somos llamados nuevamente para ser hijos, a escuchar de un modo nuevo aquel: "Sígueme", pronunciado por el Resucitado, por Aquel que perdona siempre para que nadie se sienta excluido de la posibilidad de amar.

Esto significa ser pastores. Se nos confía la responsabilidad del rebaño. Guiamos sabiamente el rebaño si nos mantenemos anclados con el amor de Dios, si acercamos a las personas a El y no cuando lo hacemos dependientes de nosotros mismos.

Esta es la cosa más revolucionaria que podemos hacer: no olvidar nuestros límites y pecados, sino abrazarlos, como Pedro, junto con el Señor, y dejarnos amar así.

Y luego aprender humildemente, día tras día, a amarnos igualmente entre nosotros: haciéndonos cercanos a los demás, sin juzgar, sino testimoniando con todo nuestro ser que cada muerte, cada dolor, cada esfuerzo, cada lágrima puede ser transformada en la vida. Y que hay esperanza. Siempre hay esperanza. Esto es lo que la gente tiene que escuchar de nosotros. Y no solo de palabra, sino con la vida.

Esto es mucho más difícil que hacer una buena homilía u organizar reuniones o enseñar: porque es algo que no se puede decir con palabras, sino solo con la propia vida. Debe ser una cuestión de amor, y amar, igualmente, al Señor y a los hermanos, porque existe un único amor.

Solo así testimoniaremos al Señor.

Será necesario defender esta relación, por encima de todo, en la oración, en la ascesis, en la atención del corazón a la Palabra de Dios. E incluso cuando a veces nos parezca haber perdido esta relación, no tengamos miedo. Vendremos aquí, a este lugar, para escuchar nuevamente la Palabra del Señor: "¿Me amas? (Jn 21:15). Y también: Sígueme (Jn 21:19) ".

Me es grato dirigir un saludo particular a todos aquellos que están siguiendo la peregrinación cuaresmal: "recorriendo la Tierra Santa de la mano de Abraham" para renovar su fe, siguiendo la guía segura de la Fe apostólica, expresada en los símbolos de la Fe y en el catecismo de la iglesia católica. Desde esta Tierra Santa, donde "todos nacimos a la fe", encomendamos esta peregrinación para que Dios aumente su fe y fortalezca su adhesión a Jesucristo y a su Santa Iglesia.

+ Pierbattista